

ORÍGENES del CRISTIANISMO



Salomón Reinach

Orígenes del Cristianismo

por **Salomón Reinach**

El texto que aquí se ofrece corresponde al Capítulo VIII del libro “ORFEO”, Historia General de las Religiones” del mismo autor. La presente edición digital se basa en la versión de la 12ª edición francesa, traducción de Domingo Vaca. Daniel Jorro, editor, Madrid, 1910.



Digitalizado y maquetado
por Demófilo
2020



*Libros Libres
para una Cultura Libre*

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2020

Ω

Salomón Reinach

ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

SUMARIO. -El canon del Nuevo Testamento. -Tradiciones ortodoxas acerca de los Evangelistas. -Conclusiones de la crítica con este motivo. -Fecha de nuestros Evangelios. -Los Evangelios sinópticos. -Testimonios de Papías. -Composición de los Evangelios sinópticos. -El cuarto Evangelio. -Los Evangelios carecen de autoridad histórica. -La idea del Mesías. -Silencio de los textos profanos. -Testimonio de Tácito. -Incertidumbres acerca de la cronología de la vida de Jesús. -Incertidumbres sobre su muerte. -Los docetas. - El Cristo de San Pablo. - Supuesta realización de las profecías. - Valor moral de los Evangelios. - Teología de San Pablo. -Evangelios apócrifos. -Palabras de Jesús. -Las Actas de los Apóstoles. -Actas apócrifas. -Las Epístolas de Pablo. -Cronología del apostolado de Pablo. -Las Epístolas católicas. -La epístola de Juan y el versículo de los tres testigos. -El Apocalipsis de Juan. -El Apocalipsis de Pedro. -Cartas diversas. -El Pastor de Hermás. -El Símbolo y la Doctrina de los Apóstoles. -Escritos pseudo-clementinos. -Simón el Mago. -El Anticristo.

1. Toda historia, en sus comienzos, se adorna con leyendas; la del cristianismo no constituye excepción. Las Iglesias quieren que las leyendas del cristianismo naciente sean historia pura; sería el más sorprendente de los milagros.

2. Veintisiete obritas griegas, todas debidas a escritores cristianos, componen lo que se llama el *canon* [¹] del Nuevo Testamento. Son los cuatro *Evangelios* [²] llamados canónicos (Evangelios *según* Mateo, Marcos, Lucas y Juan), las Actas de los Apóstoles, veintiuna epístolas atribuidas a apóstoles (Pablo, Pedro, Juan, Santiago, Judas) y el Apocalipsis, atribuido a San Juan.

3. Este canon estaba formado o poco menos hacia el año 350, después del concilio de Nicea (325) y fue fijado para el Occidente por San Agustín el año 393; no quedó duda más que respecto al Apocalipsis, todavía sospechoso en Francia en el siglo VIII. Pero la idea primera de un *canon* se remonta al año 150; Marción, considerado herético, formó entonces la primera colección de este género, comprendiendo Lucas y epístolas de Pablo. Hasta entonces, todas las citas de la «Escritura» en las obras de los *Padres apostólicos* (o antiguos autores cristianos ortodoxos) se refieren exclusivamente al Antiguo Testamento(³).

4. Entre el año 150 y el 200 se coloca un catálogo latino mutilado, descubierto en Milán por el erudito Muratori (1672-1750); enumera ya las partes esenciales de nuestro canon, pero añade el Apocalipsis de Pedro, descubierto en nuestros días en Egipto. Este canon es probablemente el de la Iglesia de Roma en el siglo II.

¹ *Canon*, es decir, «regla».

² *Evangelio*, es decir, «buena nueva».

³ Se puede asegurar que aquellos escritores (cristianos de la primera mitad del siglo XI) no conocían nuestros Evangelios, o lo que viene a ser lo mismo para nosotros, que si los conocieron, no hablan de ellos ni los citan jamás». (Miguel Nicolás, *Études sur la Bible*, t. II, pág. 5).

5. Se piensa que el canon definitivo se ha formado por la reunión de las obras que se leían en la mayor parte de las grandes Iglesias y que se consideraba estar de acuerdo con el promedio de las opiniones de la cristiandad. De criterio científico, fundado en el origen y la historia de aquellos escritos, no podía tratarse entonces. «Si es verdad que la Iglesia ha observado cierta crítica en la elección y la aceptación de los libros sagrados, esta crítica no era la del historiador moderno, sino un juicio inspirado por la fe y concerniente al valor de dichos escritos desde su punto de vista» (4).

6. Mateo o Leví era, según la tradición, un publicano o arrendatario de impuestos que se unió a Jesús. Marcos habría sido secretario de Pedro, al que siguió a Roma. Un compañero de San Pablo, y fundador de la Iglesia de Alejandría, Lucas, médico de Antioquía, escribió, como continuación de su Evangelio, las *Actas de los Apóstoles*. Juan el Evangelista, hijo de Zebedeo, era uno de los doce Apóstoles, aquél a quién Jesús, estando en la Cruz, recomendó a su madre; después de haber vivido en Éfeso, fue desterrado a Patmos, y allí, siendo muy viejo, habría escrito el Apocalipsis.

Así, si la tradición tuviera algún fundamento, poseeríamos las obras de dos testigos de la vida de Jesús: Mateo y Juan, y de dos amigos íntimos de Pedro y de Pablo. Poco importa que los Evangelios se denominen *según* San Mateo, *según* San Lucas; el prefacio del Evangelio de Lucas demuestra suficientemente que éste se presenta como autor, no como inspirador de su libro.

7. No puede sostenerse la tradición de la Iglesia. Ningún Evangelio es obra de testigo ocular, basta leerlos para convencerse de ello. En verdad, algunos versículos podrían hacer creer lo contrario, y así es necesario hablar del asunto. *Juan*, 19, 35 (un soldado ha atravesado el costado de Jesús de una lanzada): «Y el que lo ha visto lo ha atestiguado; y su testimonio es verdadero, y sabe que dice la verdad, para que también vosotros lo creáis». Esto significa que el testigo invocado es Juan, aquél a

⁴ Loisy, *Simplex reflexions* (1908), pág. 33.

quien el cuarto Evangelio llama «discípulo muy amado» y que sería el único de los Apóstoles que había asistido a la Pasión. Pero este modo de expresarse no conviene evidentemente al autor del libro; es apelación al testimonio de otro; luego el autor del Evangelio no es un testigo. El segundo pasaje se encuentra al final del mismo Evangelio, y es, por lo demás, adición antigua al texto primitivo. *Juan*, 21, 24: «El mismo discípulo es quien atestigua estas cosas y el que ha escrito esto, y sabemos que su testimonio es verdadero. Hay también muchas otras cosas que Jesús ha hecho; si se contaran una tras otra no creo que en el mundo entero pudieran caber los libros que se escribirían». Aquí es más evidente todavía que un *redactor* da fe de la veracidad del *discípulo*; pero «si este discípulo hubiera sido conocido de todos como autor del Evangelio, no hubiera sido necesario decirlo» (5). Estos dos textos prueban, por tanto, lo contrario de lo que se les hace comúnmente significar, y originan además una presunción de fraude piadoso en contra del redactor definitivo.

8. En el relato de la prisión de Jesús que hace Marcos (14, 51-52), se habla de la huida de los discípulos y de un joven que seguía a Jesús, con el cuerpo cubierto solamente con una tela: «Y habiéndole cogido unos cuantos jóvenes, dejóles la tela y huyó desnudo de entre sus manos». Se ha creído durante mucho tiempo que aquel joven era el mismo Marcos y se ha comparado este pasaje con el artista que esconde su firma en una esquina del cuadro. Esto daría al relato de Marcos inmensa autoridad, como no la tiene ningún texto evangélico. Pero el origen de este episodio es una profecía de Amós (2, 16). «El día de la cólera del Señor *cima valiente entre los valientes huirá completamente desnudo*». He aquí, pues, un pormenor, en apariencia característico, porque parece insignificante, que se ha insertado en el relato para marcar, de un modo pueril, el cumplimiento de una profecía. La misma preocupación ha sido causa de que se incluyeran numerosos episodios en nuestros Evange-

⁵ Loisy, *Quatrieme Évangile*, pág. 250.

lios (§ 40). ¿Qué confianza puede haber en textos que han sufrido semejantes alteraciones?

9. La conclusión de la exégesis liberal, en esta delicada materia, ha sido formulada de esta suerte por el abate Loisy (1908): «Se falsea enteramente el carácter de los más antiguos testimonios concernientes al origen de los Evangelios, cuando se les alega como ciertos, precisos, tradicionales e históricos; son, por el contrario, hipotéticos, vagos, legendarios, tendenciosos; dejan ver que, en los tiempos en que hubo la preocupación de oponer los Evangelios de la Iglesia al desbordamiento de las herejías gnósticas, no se tenía acerca de su procedencia sino los informes más inseguros» (6).

10. ¿Por qué solamente *cuatro* Evangelios canónicos? «Porque, dice San Ireneo (hacia el año 170), hay cuatro puntos cardinales. La respuesta no es seria. Había un número muy grande de escritos llamados Evangelios; la Iglesia ha acabado por adoptar cuatro, cuya inspiración y absoluta veracidad ha garantizado, sin duda porque estaban muy extendidos en otras tantas Iglesias muy influyentes: Mateo en Jerusalén, Marcos en Roma o en Alejandría, Lucas en Antioquía, Juan en Éfeso. Cuando se ha constituido el canon, estos Evangelios eran demasiado conocidos para que se pudiera hacer abstracción de ellos, y obtener de ellos un relato único a costa de acabar con las fuentes. Este relato único—lo que se llama *armonía evangélica*—habría facilitado mucho la labor de la Iglesia, dificultada por cuatro Evangelios que se dicen inspirados y que son contradictorios e irreconciliables. Por tanto, si tenemos cuatro Evangelios canónicos, cuando el canon estaba en formación desde el año 150, es que nuestros Evangelios son sensiblemente anteriores a esta fecha, consecuencia que no excluye, por otra parte, la hipótesis de arreglos posteriores.

11. Es posible fijar aproximadamente la fecha de nuestros Evangelios *tal como nos han llegado*. Mateo hace predecir a Jesús la ruina de Jerusalén (24, 29-31), inmediatamente seguida

⁶ Loisy, *Quelques reflexions*, pág. 127.

de la aparición del Hijo-del-Hombre en medio de las nubes; esto no ha podido escribirse sino muy poco tiempo antes o después de la catástrofe del año 70, cuando todavía se podía creer en el próximo advenimiento de Cristo glorificado, preparado por aquel gran trastorno. En Lucas (21, 9-24), se retrasa el segundo advenimiento (llamado *parusia*, presencia): «El final no vendrá, dice Jesús, inmediatamente (después de la ruina de Jerusalén); es preciso también que los días de las naciones hayan llegado» (7). Nos hallamos entre el año 80 y el 100, más cerca de esta última fecha. El pasaje análogo de Marcos (13) no es utilizable, porque en él predice Jesús los sufrimientos de los apóstoles y la propagación del Evangelio en todas las naciones; es una adición manifiesta. Pero, habiendo sido utilizado seguramente el fondo del de Marcos por Mateo, podemos colocarle entre el año 60 y el 70. En cuanto al Evangelio de San Juan, si es de la misma mano que el Apocalipsis, que data del año 93, puede fijarse la redacción a fines del siglo I o quizá a principios del siglo siguiente.

12. La difusión de nuestros Evangelios en las comunidades cristianas ha sido lenta. Excepto Papías (año 120 próximamente), que habla de un relato de Marcos y de una colección de oraciones de Jesús, ningún escritor cristiano de la primera mitad del siglo II cita los Evangelios ni sus autores presuntos. San Justino (hacia el año 150) alega, es verdad, las *Memorias de los Apóstoles*, pero los extractos que de ellas ofrece no están nunca textualmente conformes con nuestros Evangelios; algunos provienen de Evangelios no reconocidos, llamados *apócrifos*, y otros no se sabe de dónde. La enseñanza de Jesús está todavía confusa, comprendiendo los «numerosos escritos» de que habla el preámbulo de Lucas, y cantidad más considerable aún de tradiciones orales, que se transmitían por la predicación. Es posible que nuestros Evangelios lograsen el crédito que la fe les ha conservado cuando la Iglesia se halló frente a las sectas llamadas gnósticas, que se apoyaban en libros, si no menos históricos,

⁷ Véase M. Nicolás, *Études*, II, pag. 8.

por lo menos mucho más extravagantes.

13. Los tres Evangelios de Mateo, de Marcos y de Lucas cuentan *aproximadamente* los mismos hechos en orden análogo; pueden ser impresos a tres columnas (⁸); esta comparación o *sinopsis* ha hecho que se les dé el nombre de *Sinópticos*. El Evangelio de Juan se resiste a cualquier comparación de este género y debe ser estudiado aparte.

14. Aquí se ofrece la cuestión más difícil de la exégesis. Los tres Sinópticos, cuando refieren los mismos hechos, no los relacionan con las mismas circunstancias. En lo que concuerdan no es de un modo general, sino muchas veces en la letra, en el pormenor de largas frases. Estos documentos tienen, pues, una o varias fuentes comunes. Pero ella no puede haber sido un Evangelio perdido, más detallado que los que han llegado a nosotros, porque entonces no habría, de un Evangelio a otro, vacíos y variantes graves en el relato de un mismo suceso. Hay necesariamente varias fuentes, que se trata de determinar. A este efecto tenemos dos testimonios importantes: el preámbulo de Lucas y fragmentos de Papías, recogidos hacia el año 356 por Eusebio, obispo de Cesárea (la obra de Papías se ha perdido).

15. He aquí cómo empieza Lucas: «Habiendo tratado muchos autores de escribir la historia de las cosas, cuya verdad ha sido conocida entre nosotros con entera certeza, según como nos las han enseñado los que en persona las vieron desde el principio, y han sido ministros de la palabra, he creído también, excelentísimo Teófilo (*no se sabe de quién se habla*) (⁹), que debía ponértelas por orden, después de haberme informado exactamente de ellas desde un principio, a fin de que reconozcas ser cierto lo que te se ha comunicado». Esto significa que, cuando Lucas

⁸ Véase, principalmente la buena edición hecha por Chastand y Morel, *Concordance des Évangiles*. Neufchatel, 1901.

⁹ El epíteto que le da Lucas, *kratista*, ha hecho suponer que Teófilo era un funcionario romano convertido.

escribía, había muchos relatos evangélicos fundados en el testimonio de los apóstoles, pero que el orden de aquellos relatos dejaba que desear. Lucas es, pues, un redactor que trabaja valiéndose de testimonios escritos. Si todo lo importante que hay en Mateo y en Marcos se encontrase en Lucas, se creería que tuvo en cuenta estos dos Evangelios; pero, muy al contrario, hechos esenciales, como la Degollación de los inocentes y la huida a Egipto, se encuentran solamente en Mateo, y algunos otros solamente en Marcos, una octava parte de los cuales, aproximadamente, le son exclusivos. Luego Lucas no conoció ni a *nuestro* Mateo, ni a *nuestro* Marcos. Desde este momento se ve que Lucas no es un testigo, y que *nuestro* Mateo y *nuestro* Marcos no son testimonios, sino, a lo sumo, que se fundan en testimonios que ya no poseemos.

16. Pasemos ahora a los textos de Papías, obispo de Hierápolis en Asia hacia el año 120, que había conocido *presbíteros* o *viejos*, los cuales se creía que habían conocido a los apóstoles. «Un *viejo* decía esto: Marcos, intérprete de Pedro, ha escrito cuidadosamente todo aquello que recordaba; no obstante, no ha escrito con orden lo que ha dicho o hecho el Cristo, porque no había oído al Señor ni le había seguido; pero más tarde había seguido a Pedro, que, según las necesidades enseñaba, pero sin exponer con orden las palabras del Señor; de suerte que Marcos no ha cometido falta alguna escribiendo de esta suerte ciertas cosas de memoria, porque cuidaba de no omitir nada de lo que había oído, y de no entremezclar ningún error. Mateo había escrito en lengua hebrea las oraciones del Señor, y cada uno las interpretaba como podía».

Estos dos textos, a pesar de la evidente medianía de su autor, son de capital importancia. Prueban primeramente que *el* Marcos a que alude el *viejo* que informó a Papías, no es *nuestro* Marcos, puesto que el Evangelio de éste no carece de orden, sino solamente una de las fuentes de *nuestro* Marcos; luego, que *nuestro* Mateo no es el Mateo primitivo, que estaba compuesto de palabras de Jesús puestas en hebreo de una manera bastante oscura. No hay, por lo demás, motivo alguno para poner en duda la buena fe del que informó a Papías.

17. El estudio comparativo y detallado de los Evangelios sinópticos autoriza, creo yo, las proposiciones siguientes, acerca de las cuales, por lo demás, los críticos no están de completo acuerdo:

1°. Las partes comunes a Mateo y a Lucas, que faltan en Marcos, proceden de una traducción griega de la colección de las oraciones (en griego *logia*), atribuida a Mateo. Comprendía esta también algunas partes narrativas que enlazaban las oraciones, pero no comprendía la Pasión. Se la llama Q (inicial de la palabra alemana *Quelle*: fuente).

2°. *Nuestro* Marcos, cuya conclusión (16, 9-20), está añadida a fines del siglo 1, puesto que no figura en los manuscritos más antiguos, es un arreglo hecho con dos textos anteriores: el primero estaba quizá en arameo, y no es seguro que refiriese la Pasión; el redactor del segundo, que la contaba, ha conocido Q; el de *nuestro* Marcos ha conocido Mateo y aún Lucas.

3°. *Nuestro* Mateo tiene por base a Q, colección varias veces ampliada y rehecha, sobre todo con ayuda de la segunda redacción de Marcos.

4°. *Nuestro* Lucas es, quizá, la segunda edición más completa, debida a la misma pluma que la primera, de un texto que Marción poseía en el año 150. Los Padres de la Iglesia (Tertuliano, Epifanio), han acusado a Marción de haber mutilado el texto de Lucas, y han especificado los pasajes que *cortaba*; en realidad, parece haber poseído el Lucas primitivo, redactado según una edición retocada de Q, una redacción antigua de Marcos, quizá también la primera Epístola a los corintios de Pablo y otros documentos que se han perdido. *Nuestro* Lucas da muestra del conocimiento de las *Antigüedades* de Josefo, publicadas el año 93, o, por lo menos, de una fuente de esta obra. Es de notar que partes exclusivas de Mateo (por ejemplo, 17, 24-7; 20, 1-16), no se encuentran en Lucas, y que *ninguna* oración de Mateo está reproducida en Lucas.

5°. La Iglesia ha llamado siempre *primer* Evangelio al de Mateo y *segundo* al de Marcos. En realidad, el fondo de Marcos es

anterior a *nuestro* Mateo, pero el fondo de Mateo puede ser anterior a *nuestro* Marcos.

6°. El cuarto Evangelio, llamado de Juan, es obra de un judío helenizante, inspirado en Filón de Alejandría, que conocía los Sinópticos, pero que no ha hecho caso alguno de ellos. Es un teólogo místico, no un historiador. «Los relatos de Juan no son historia, sino contemplación mística del Evangelio; sus discursos son meditaciones teológicas sobre el misterio de la salvación» (10).

18. A aquéllos a quienes preocupan las diferencias entre los tres Evangelios sinópticos y las de estos Evangelios con el de Juan, se responde comúnmente que estos libros «se completan mutuamente». No es cierto. Lejos de completarse se contradicen, y cuando no, se repiten. Por lo menos el Cristo de Marcos es *compatible* con el de Mateo y el de Lucas, pero el de Juan es enteramente distinto. «Si hay una cosa entre todas evidente, pero en que el más grande de los intereses teológicos hace cegar inconsciente o voluntariamente, es la incompatibilidad profunda, irreductible del cuarto Evangelio con los Sinópticos. Si Jesús ha hablado y obrado como se le ve hablar y obrar en los tres primeros Evangelios, no ha hecho una cosa ni otra como se le ve hacerlas en el cuarto» (11). Basta, para convencerse de ello, con saber leer y estar de buena fe.

19. En suma, nuestros Evangelios nos enseñan lo que diferentes comunidades cristianas creían saber de Jesús entre el año 70 y el 100 después de la Era Cristiana; reflejan un trabajo legendario y explicativo que, durante cuarenta años por lo menos, se había realizado en el seno de las comunidades. No teniendo Juan valor histórico, y siendo Lucas obra de tercera mano, quedan las fuentes de Marcos y de Mateo, en particular Q y el fondo de Marcos. Lo que estos escritos pueden contener de bien afirmado deriva, por tanto, de dos fuentes perdidas cuya autoridad no nos garantiza nada. Hasta es seguro que el fondo de

¹⁰ Loisy, *Autour d'un petit livre*, pág. 93.

¹¹ Loisy, *Quelques lettres*, 1908, pág. 130.

Marcos no puede remontarse a Pedro, testigo ocular, porque lo que concierne a Pedro en Marcos es enteramente vago. En cuanto a los discursos u oraciones de Q, es evidente que nadie los había consignado por escrito en el momento; poniendo las cosas lo mejor posible, no puede verse en ellos más que el eco de las palabras que los discípulos del Señor referían largo tiempo después de su muerte, y que hombres más discretos, influidos por la predicación de San Pablo, han ordenado, completado y trasladado a la escritura.

Hablar de la autenticidad del *Sermón de la montaña* (en que la *montaña* misma no es más que una ficción, destinada a ofrecer algo igual al Sinaí), no es propio de un espíritu iniciado en los procedimientos de la crítica. Es más: hay palabras como las que Jesús pronuncia durante el sueño de los apóstoles (Mateo, 26, 39; Marcos, 14, 35; Lucas, 22, 41), de que cabe afirmar que no han sido recogidas ni oídas por nadie. «Si no hubiera autoridad en la Iglesia, escribía San Agustín, yo no creería en el Evangelio» (12). La situación ha seguido siendo la misma, aun cuando la ciencia la haya precisado singularmente: los Evangelios, abstracción hecha de la autoridad de la Iglesia, son documentos inutilizables para la historia de la vida verdadera de Jesús; pueden y deben solamente servir para enseñarnos lo que las iglesias primitivas han creído de él, y el origen del inmenso influjo que estas opiniones han ejercido sobre el género humano.

20. La comparación de nuestros Evangelios y la distinción de las capas sucesivas que los han formado prueban que aún la leyenda de Jesús, tal como la Iglesia la enseña, no está apoyada en todas sus partes por los textos que alega. El nacimiento milagroso no figura en Marcos; parece ignorado a designio por

¹² San Agustín, *Contra la Epístola titulada "del fundamento"*, § (ed Vives, t. XXV, pág. 435: "Ego vero Evangelio non crederem, nisi me catholicae Ecclesiae commoveret auctoritas... Ego me ad eos teneam, quibus praecipientibus Evangelio credidit"...

Juan, que admite la doctrina filoniana de la encarnación del Verbo «primogénito de Dios, segundo Dios, intermediario entre Dios y los hombres» (13), añadiendo solamente —cosa esencial, por lo demás— la identificación del Verbo encarnado en el Mesías. En Mateo y en Lucas se refiere con pormenores contradictorios. Jesús mismo no habla de ello jamás, y sus padres no le comprenden cuando, habiéndose entretenido en el Templo, le llama «la casa de su padre» (Lucas, 2, 50). La prueba mejor de que la idea del nacimiento milagroso ha penetrado bastante tarde en la tradición, es que Mateo y Lucas presentan dos genealogías, por otra parte inconciliables, que unen a Jesús, por José, con el rey David. Estas genealogías, y otras sin duda que ya no poseemos, se han elaborado al querer confirmar la creencia judía que hacía al Mesías descendiente de David; la historia del nacimiento divino se ha introducido a su vez cuando las gentes se han habituado a la idea de la divinidad de Jesús.

21. Los Evangelios hablan, con gran sencillez, de los hermanos y de las hermanas de Jesús. Jesús, según Mateo, era el mayor (Mateo, I, 25). La idea de que estos hermanos y hermanas eran primos, o hijos de un primer matrimonio de José, es una sutileza de teólogos. «La creencia en la virginidad de María ha obligado a los autores eclesiásticos a explicar, podría decirse, a eliminar su estado» (14).

22. La idea de que Jesús es el Mesías y de que es Dios, está ya formada en el cuarto Evangelio; pero, en los tres primeros, está solamente en vías de formación. El punto esencial de la predicación de Jesús, en estos Evangelios, es el anuncio del reino de Dios, cuyo advenimiento se predice como muy próximo (Mateo, 16, 28; Marcos, 9, 1; Lucas, 9 27): Jesús se llama Hijo del Hombre, lo que, en hebreo, es sinónimo de hombre, e Hijo de Dios, lo que significa inspirado por Dios. Prohíbe a sus discí-

¹³ Palabras de Filón.

¹⁴ Loisy, *Quelques lettres*, pág. 155.

pulos que le llamen Mesías (Mateo, 16, 20) y censura a los escribas que enseñen que el Mesías debe descender de David (Marcos, 12, 35), prueba de que la filiación davídica no es menos adición a la leyenda que la filiación sobrenatural. En la prédica atribuida a San Pedro por las *Actas* (2, 22) Jesús es solamente un hombre divino, que Dios ha resucitado y criado a su diestra. Finalmente, no hay trazas de que los judíos hayan acusado a Jesús de haberse llamado Dios. «Solamente en el Evangelio de Juan los sermones y los milagros de Cristo tienden a probar su misión sobrenatural, su origen celestial y su divinidad. Esta nota sirve para demostrar el carácter teológico y no histórico del cuarto Evangelio» (15).

23. Jesús no ha designado a Pedro como jefe de su Iglesia, no «instituyó el Papado». El pasaje de Mateo (16, 18): «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...; te daré las llaves del reino de los cielos, etc.» es una intercalación evidente, hecha en época en que ya existía una Iglesia separada de la Sinagoga. En los pasajes paralelos de Marcos (8, 27-32) y de Lucas (9, 18-22) no se dice una palabra de la primacía de Pedro, hecho que Marcos, que se dice discípulo de él, no habría podido omitir de haberlo sabido. La intercalación es posterior a la redacción del Evangelio de Lucas.

24. Jesús no enseña ningún dogma, ni nada que se parezca a los Sacramentos de la Iglesia. Bautizado por San Juan, él no bautiza a nadie. Las famosas palabras: «Este es mi cuerpo, esta mi sangre» no pertenecen a la tradición primitiva relativa a la Cena postrera. «Jesús ha ofrecido solamente el pan y el vino a sus discípulos, diciéndoles que ya no comería ni bebería más con ellos sino en el reino de los cielos» (16). La doctrina del pecado y de la justificación falta igualmente en la enseñanza de Jesús en los Evangelios (17).

La idea de la redención no aparece sino en pasajes intercalados,

¹⁵ Loisy, *Refléxions*, pág. 69.

¹⁶ Idem, *id.*, pág. 90.

¹⁷ Idem, *Évangile et Église*, pág. 199.

bajo el influjo de la predicación de San Pablo.

25. Los milagros que la tradición evangélica atribuye a Jesús son exorcismos (expulsiones de demonios) o alegorías (la multiplicación de los panes, la transformación del agua en vino en las bodas de Canaán). El milagro más completo, la resurrección de Lázaro que *ya sentía*, es también alegórico; por otra parte, se lee solamente en San Juan. Si hubiera encerrado un hecho real, aún embellecido y transformado por la tradición más antigua, sería inexplicable que los Sinópticos no dijeran nada.

26. El milagro de la resurrección de Jesús se refiere, por los Sinópticos, con variantes inconciliables. El descubrimiento de la tumba vacía es tanto menos digno de fe cuanto que Jesús, si fue muerto en suplicio, debió ser arrojado por los soldados romanos a la fosa común. El final de Marcos (16, 9-20), es, según hemos visto, una adición posterior, que falta en los buenos manuscritos. «La tradición seguida por el redactor del primer Evangelio es la del Marcos auténtico, según la cual las apariciones principales tuvieron lugar en Galilea, desconociéndose simplemente las que Lucas y Juan colocan en Jerusalén, el día de la Resurrección» (18). El abate Loisy ha podido decir que el autor del tercer Evangelio ha «escamoteado» el testimonio de Marcos (16, 7), corroborado por Mateo, concerniente a las apariciones de Jesús en Galilea (19), con el fin de reunir a los discípulos el día de la Resurrección y retenerlos en Jerusalén hasta la Pascua de Pentecostés. Aún alterados como están nuestros textos, puede asegurarse que la Resurrección de Jesús, si fue admitida por las primeras comunidades cristianas y por San Pablo, les era conocida a título de creencia piadosa y no de hecho histórico.

27. ¿Cabe al menos tratar de sacar de los Evangelios elementos para una biografía de Jesús? Es contrario a todo sano procedimiento componer —como lo ha hecho todavía Renán— una vida de Jesús eliminando lo maravilloso de los Evangelios. No

¹⁸ Loisy, *Quelques lettres*, pág. 226.

¹⁹ Idem, *id.*, pág. 190.

se construye historia verdadera con mitos, como no se hace pan con polen de flores. El Jesús histórico no puede propiamente percibirse, lo cual no quiere decir que no haya existido, sino simplemente que no podemos afirmar nada con respecto a él, por falta de testimonios que se remonten sin disputa a los que le han visto y oído.

28. La época en que se coloca la enseñanza de Jesús es una de las que conocemos suficientemente por los textos profanos; ahora bien, los autores del tiempo no hablan una palabra acerca de Jesús. Josefo, de nación judía, que escribió hacia el año 70 y que entra en pormenores relativos a la historia de Palestina, así como sobre el procurador romano Poncio Pilatos, menciona, sí, a San Juan Bautista, condenado a muerte en tiempo de Herodes Antipater, pero desconoce la predicación de Jesús. Este silencio ha sido tan sorprendente que, muy pronto ya, se añadieron en sus *Antigüedades judaicas* (18, 3, 3) estas frases, cuyo carácter apócrifo es evidente, siendo muy dudoso poder siquiera conservar algunas palabras:

«En aquella época apareció Jesús, hombre sabio, si hay que llamarle hombre. Porque realizó cosas maravillosas, fue el maestro de los que escuchan con placer la verdad, y arrastró tras de sí a muchos judíos y también a muchos helenos. Era el Cristo. Denunciado por los principales de nuestra nación, Pilatos le condenó a morir en la cruz; pero los que le habían amado en un principio no dejaron de reverenciarle, porque apareció al tercer día resucitado, como lo habían anunciado los profetas divinos, así como otras mil maravillas relativas a él. Hoy todavía, subsiste la secta que de él ha recibido el nombre de cristiana».

Si el judío Josefo hubiera escrito esto, habría sido cristiano; y puesto que siendo judío no podía escribir así, debía, o no decir nada de Jesús, o hablar de él en términos hostiles que los copistas habrán cuidado de borrar.

29. Otro historiador: Justo de Tiberiades, que escribió por la

misma época, y cuya obra leía aún Focio en el siglo IX, no mencionaba siquiera a Jesús, lo que Focio atribuía a «mala voluntad».

30. Poseemos las obras considerables de Filón, filósofo judío de Alejandría, contemporáneo de Jesús y que le sobrevivió; jamás oyó hablar de él o al menos nada deja ver, hecho que la proximidad de Jerusalén y de Alejandría hace muy singular.

31. Las pocas palabras que el Talmud consagra a Jesús plantean problemas sin solución posible. Dícese, principalmente, que Rabí Josua ben Perahyah huyó a Alejandría, con su discípulo Jesús, para librarse de las persecuciones del rey judío Janeo (103-76 a. de J. C.); a la vuelta, Jesús fundó una secta de judíos apóstatas. ¡Habría habido por tanto, discípulos de Jesús cerca de un siglo *antes* de la Era cristiana! ¿Cómo explicar el origen de semejante leyenda, si la predicación de Jesús, en la época en que se fija, hubiera dejado algunos recuerdos precisos?

32. Suetonio, hablando de los acontecimientos del año 52, dice que Claudio expulsó de Roma a los judíos, que se sublevaban sin cesar a instigación de Cristo (*impulsore Chresto*). Puede tratarse de un judío oscuro llamado Cristo; aun cuando se tratase de Jesús, esta rápida mención no nos enseña nada.

33. El primer texto no cristiano relativo a Jesús se refiere, en los *Anales* de Tácito (15, 44), a la persecución llamada de Nerón. El emperador «castigó con crueles suplicios a hombres odiados por sus crímenes, a quienes el vulgo llamaba cristianos. Cristo, que les dio nombre, había sido condenado a muerte en tiempo de Tiberio, por el procurador Poncio Pilatos. Reprimida por algún tiempo aquella execrable superstición, volvió a florecer no solamente en Judea, donde estaba el origen del mal, sino en Roma, donde vienen a afluir todos los desórdenes y todas las infamias».

Se ha puesto en duda la autenticidad de estas líneas, pero equivocadamente. Tan sólo, cuando Tácito escribía esto después del año 100, había ya cristianos en todo el Imperio; existían los

tres Evangelios sinópticos, quizá también el cuarto. Tácito ha tenido conocimiento de una tradición relativa a la muerte de Jesús; no se puede decir que su testimonio la confirma.

34. Jesús habría sido crucificado en tiempo de Tiberio, por orden de Poncio Pilatos, porque pretendía ser rey de los judíos. Tiberio era un soberano receloso, que quería hallarse al corriente de todo cuanto ocurría en su Imperio; por ejemplo, mandó abrir una información porque unos navegantes, al pasar junto a las costas de Grecia, creyeron oír gritar que el *Gran Pan* había muerto. Poncio Pilatos debía a Tiberio una relación de la muerte de Jesús, aun cuando sólo fuera para hacer valer su propia vigilancia. La prueba de que esta relación no ha podido hallarse, es que los cristianos, desde principios del siglo II, han inventado una que poseemos aún, y que Justino y Tertuliano creían auténtica, y que los paganos, en el siglo IV, hicieron circular otra, que Eusebio leyó y que era igualmente falsa.

35. ¿Sabemos algo positivo acerca de la fecha del nacimiento y de los hechos de la vida de Jesús? Mateo le hace nacer en tiempo de Herodes, es decir, lo más tarde, el año 4 antes de Jesucristo. Lucas coloca su nacimiento en el momento de un censo que se hizo diez años más tarde, el año 6. El mismo Lucas le atribuye treinta años en el año 15 del reinado de Tiberio, 29 de nuestra Era, época en la cual coloca el bautismo de Jesús por San Juan; pero parece que Lucas ha copiado esta fecha de un pasaje de Josefo (que habla de la muerte de San Juan a propósito de un hecho ocurrido el año 36), admitiendo un intervalo de siete años entre la predicación del Bautista y el incidente en cuestión. Lucas hace durar año y medio el ministerio de Jesús, para el cual Juan reclama tres años y medio. Refiere solamente un episodio de la infancia de Jesús (la controversia con los doctores), mientras que los otros Evangelios no saben nada acerca de este período de la vida del Salvador. Juan hace que los judíos digan a Jesús que todavía no tiene 50 años, de donde la Iglesia primitiva ha deducido que tenía cerca de 49; pero entonces, si hubiera nacido el año 4 antes de nuestra Era, habría muerto el 45, no en tiempo de Tiberio, sino en el de Claudio, y en efecto,

el falso informe de Pilatos, inventado por los cristianos, a Claudio se dirige. Si, por otra parte, Jesús nació el año del censo, el año 6, y vivió 49 años, murió en el 55, es decir, en tiempo de Nerón, y tal ha sido la opinión de varios cristianos de Jerusalén, que la han mantenido con insistencia. Finalmente, Eusebio menciona otra falsa relación de Pilatos, desfavorable a Jesús, que señalaba como fecha de la muerte de éste el año 21, lo cual, dice Eusebio, es imposible, porque Pilatos, según Josefo, no era procurador en aquella época. Luego el hecho mismo de la condenación de Jesús *en tiempo de Pilatos* no estaba averiguado. Que Pilatos, en Lucas, aparezca escoltado por Anás y por Caifás no significa más que una cosa, y es que Lucas tenía conocimiento de Josefo o de una de sus fuentes. En suma, menos de un siglo después de la Era cristiana, que se coloca convencionalmente cuatro años después del nacimiento de Jesús, nadie sabía justamente ni cuándo había nacido, ni cuándo había envejecido, ni cuándo había muerto.

36. ¿Se sabía al menos cómo había muerto? Los relatos del Juicio y de la Pasión de Jesús en los Evangelios inspiran confianza en un principio por su precisión; pero esta impresión no resiste al examen.

En primer lugar, estos relatos son tendenciosos; tratan de disculpar a Pilatos, y de echar culpas a los judíos, lo cual se comprende en una época en que la Iglesia, volviendo la espalda a la Sinagoga, invocaba a los paganos, pero no puede responder a la verdad histórica. El Pilatos de los Evangelios, que se deja arrastrar por la multitud, la da a elegir entre dos sentenciados: Barrabás y Jesús; se lava las manos de la sangre que va a mandar verter, etc., es un personaje novelesco, que no tiene nada del verdadero Pilatos, del gobernador «a la rusa» que Josefo nos ha dado a conocer con precisión.

En segundo lugar, la fecha de la muerte de Jesús, víspera de la Pascua o día de la misma, es inadmisibles; esta determinación tenía por objeto evidente recordar el sacrificio expiatorio del cordero pascual. Finalmente y sobre todo, las circunstancias de la Pasión se parecen, de modo totalmente sospechoso, a ritos

usados con gran anterioridad en determinadas fiestas. En la llamada de los *Sacaea*, en Babilonia y en Persia, se paseaba en triunfo a un sentenciado vestido de rey; al final de la fiesta era despojado de sus lindas vestiduras, azotado y ahorcado o crucificado. Sabemos por Filón que el populacho de Alejandría calificaba de *Karabás* a uno de aquellos reyes improvisados, al cual se colmaba de honores irrisorios para maltratarle en seguida. Pero *Karabás* no significa nada ni en arameo ni en griego; hay que restablecer *Barrabás*, que significa en arameo «el hijo del padre». En los Evangelios vemos a Jesús calificado de rey de los judíos, con corona en la cabeza y manto de púrpura; en la mano se le pone una caña a guisa de cetro (Mateo, 27, 26-31); se le trata, por tanto, exactamente como *un Barrabás*. Pero ¿qué significa entonces la historia del sedicioso Barrabás, de la elección abandonada al populacho entre Barrabás y Jesús? A más se observa que Orígenes, hacia el año 250, leía en un manuscrito muy antiguo del Evangelio de Mateo que Barrabás se llamaba *Jesús Barrabás*, Resulta de estos datos que Jesús habría sido condenado a muerte no *con preferencia* a Barrabás, sino en *calidad* de tal. Los Evangelistas no han entendido ni la ceremonia que contaban, ni la naturaleza de los honores irrisorios rendidos a Jesús; han convertido en mito lo que debía ser un rito. Si en sus relatos hay un hecho histórico, está tan envuelto en leyendas que ha llegado a ser imposible distinguirlo de ellas.

37. Una secta cristiana muy antigua, la de los docetas (del griego *dokein*, parecer), pretendía que Jesús no había sido más que una simulación, que no había tomado más que apariencia de cuerpo, cuando San Jerónimo dice «que la sangre de Jesús no se había secado todavía en Judea». Ocurre, pues, que hubo docetas desde un principio, y ello está confirmado por la existencia de una carta, atribuida a San Juan, dirigida contra ellos, así como por el pasaje acerca de la incredulidad de Santo Tomás que se inserta en el cuarto Evangelio (20, 24). Santo Tomás quiere tocar las llagas de Jesús antes de creer en su realidad, y es censurado por no haber creído sin esto. La crítica moderna se inspira gustosa en Santo Tomás.

38. No dejaré de la mano este asunto sin recordar un pasaje extraño de las Actas de los Apóstoles (18, 24): «Llegó a Éfeso un judío llamado Apolos, originario de Alejandría, hombre elocuente y versado en las Escrituras. Aquel hombre predicaba y enseñaba cuidadosamente lo que concernía al Señor, aun cuando no conocía más que el bautismo de Juan». Así, varios años después de la muerte de Jesús, había una persona instruida que predicaba su doctrina (es decir, el advenimiento del reino de los cielos) sin haber oído hablar del suplicio y sabiendo solamente que Juan había bautizado. De todas las explicaciones que se han intentado del texto, ni una sola parece satisfactoria.

39. San Pablo conoce solamente a «Jesús crucificado». Ha podido conversar con los que habían vivido cerca de él, como San Pedro y Santiago; pero en sus epístolas a comunidades lejanas, que sin embargo no tenían todavía Evangelios, no ha sentido nunca la necesidad de entrar en pormenores acerca de la vida terrenal de Jesús. Puede decirse, no obstante, que las epístolas de San Pablo son el mejor testimonio histórico que poseemos relativo a Jesús, tan mal responden los demás a las exigencias de la crítica. Si estas epístolas no existieran, o si no fueran de San Pablo, lo cual se ha afirmado, pero no demostrado, no sería en modo alguno paradójico poner en duda la realidad histórica de Jesús.

40. Muchos acontecimientos de la vida de Jesús se refieren en los Evangelios con la observación de que eran «cumplimiento» de profecías. Los textos a que se alude son los de la traducción *griega* del Antiguo Testamento, cuyos errores se aceptan y en ocasiones se agravan. Jesús ha nacido de una virgen, porque Isaías había dicho que una *doncella* concebiría; en el texto hebreo se habla de una *mujer*, la de un profeta o un rey de los judíos. Jesús es de Nazaret, porque un profeta había dicho que el Mesías sería llamado Nazareno (Mateo, 2, 23); Isaías, que se alega a este propósito, no ha dicho nada semejante, sino que ha hablado de un retoño, en hebreo *natser*. ¿Es más bien porque el Libro de los Jueces (13, 7) habla de Sansón, como el *nazir* (santo) de Dios? El error no sería menos burdo; por otra parte, el nombre de la barriada de Nazareth no aparece en ningún

texto antes de la Era cristiana y parece haber sido inventado para las exigencias de la profecía mal entendida. Jesús nace en Belén porque Miqueo (5, 2), anunciaba que el Mesías saldría de Belén. Es conducido a Egipto porque el Señor había dicho por boca de Oseo: «He sacado a mi hijo del Egipto», etc. Todas estas coincidencias, que parecían atestiguar en otro tiempo no solamente la veracidad de los relatos evangélicos, sino el carácter divino de los hechos que relatan, dan hoy la prueba segura de su poca firmeza. Diríase que un autor que no sabía nada de Jesús, sino que era el Mesías, había sacado la biografía del mismo del Antiguo Testamento griego, violentando los textos más sencillos. Pero hay más. En el Salmo 22, el Justo-perseguido dice que sus enemigos se le sortean las vestiduras; este pormenor ha entrado a formar parte de la historia de la Pasión, en la que se ha introducido para «comprobar» la profecía. Pero el Justo dice también: «Me han atravesado las manos y los pies» es decir: «me han crucificado». Si no se quiere usar dos pesos y dos medidas, hay que reconocer que el versículo del Salmo *puede* ser el origen de la tradición que hace crucificar a Jesús. ¿Qué queda entonces de toda la historia evangélica, desde el establo de Belén, hasta el Gólgota?

41. Queda el cristianismo, es decir, no sólo «una gran fundación», sino el impulso espiritual más poderoso que ha transformado las almas y sigue evolucionando en ellas. Este influjo se debe, en parte, a la belleza unas veces idílica, otras trágica de la leyenda, pero más aún a lo que se llama la moral del Evangelio, tal como se desprende de las parábolas y de los sermones atribuidos al Salvador. «El espíritu del Evangelio, dice con razón el abate Loisy (20), es la manifestación más elevada de la conciencia humana, que busca la felicidad en la justicia». Seguramente la moral cristiana no es original, no más que cualquiera otro moral religiosa o laica; es la de las escuelas judías de entonces, la de un Hilel o un Gamaliel; pero aparece, en el Evangelio, libre de toda escolástica, de todo pedantismo ritualista, fuerte y sencillamente revestida como corresponde a una

²⁰ Loisy-, *Quelques lettres*, pág. 71

doctrina que parte para la conquista del mundo. Es la moral de la escuela sin la escuela, purificada y como filtrada en almas ardientes, con todo el encanto y toda la fuerza de persuasión de las concepciones populares. No es *social*, abandona los deberes del hombre para con la república, porque tiende a la perfección, a la pureza individual; pero prepara al hombre para que mejor cumpla sus deberes sociales, condenando el odio y la violencia, enseñando la fraternidad. Es absurdo decir que esta moral es contra naturaleza; la bondad lo es también. Pero la moral cristiana no ha sido más que la regla de conducta, por otra parte siempre mal observada, del cristianismo; estaba reservado a San Pablo superponer a aquella suave ética la áspera doctrina del pecado original, de la redención y de la gracia, que suscitará disputas estériles durante dieciocho siglos, y que todavía gravita sobre la humanidad como una pesadilla.

42. Los Evangelios llamados apócrifos se dividen en dos clases: los unos llamados dogmáticos, refieren lo mismo que los Sinópticos, la vida entera de Jesús; los otros, llamados legendarios, sólo traen a colación episodios. Los primeros, que los Padres de la Iglesia en el siglo III citan frecuentemente a la par con los canónicos, han sido destruidos, sin duda intencionalmente, porque pertenecían a sectas disidentes; pero se ha descubierto en una tumba del Egipto (1886) una parte del Evangelio llamado de Pedro, que comprende la Pasión y la Resurrección. Es muy probable que este Evangelio sea idéntico al de los egipcios, que los Padres han citado y del que han conservado trozos; ha debido escribirse en Egipto, probablemente en Babilonia (el viejo Cairo). Poseemos también trozos del Evangelio según los hebreos, cuya pérdida es en especial de lamentar, puesto que había sido escrito para las comunidades judeo-cristianas de Palestina. En él se leía primitivamente el episodio de Jesús perdonando a la mujer adúltera que, desde el siglo IV, se ha incluido en el Evangelio de Juan (8, 3-11). Este Evangelio debe sin duda distinguirse del de los ebionitas (*Ebionim*, los pobres), secta judía anterior al cristianismo, en que se desarrolló una doctrina gnóstica. Un contemporáneo de San Juan: Ce-

rinto, del que desgraciadamente no sabemos casi nada, era considerado autor de un Evangelio; se le atribuyó, en la antigüedad ya, el de San Juan, que sería una edición revisada del suyo.

43. Los Evangelios legendarios que hemos conservado son escritos gnósticos expurgados; no se ha dejado en ellos más que futilidades inofensivas para el dogma, aunque lo sean singularmente para el gusto. En el Evangelio de la Infancia o de Tomás, Jesús es un diablillo malicioso y vengativo; los milagros de los Evangelios apócrifos son dignos de las *Mil y una noches*. La tolerancia de la Iglesia para con estos relatos tuvo por resultado el que se extendieran mucho y fueran traducidos a todas las lenguas; la literatura y el arte se inspiraron en ellos. Muchos rasgos que han adquirido carácter popular de la historia evangélica no se apoyan más que en los Evangelios apócrifos; así la historia de Joaquín y de Ana, padres de María, la del casamiento de la Virgen, del nacimiento de Jesús en una caverna, donde es adorado por un buey y por un asno, la de la bajada de Jesús a los Infiernos ⁽²¹⁾, la de la muerte o *letargo* de María.

44. A parte de estos textos, poseemos una colección considerable de *frases* (en griego *logia*), atribuidas a Jesús, las unas referidas por los autores de los primeros siglos, las otras formando pequeñas colecciones que se han descubierto en nuestros días en Egipto. Son raras las pajuelas de oro en este polvo de Evangelios; hay hasta una frase muy larga de Jesús, conservada por Papías, es decir, por un autor muy antiguo, que no es más que un absurdo de cabo a rabo. Nuestros evangelistas han escogido bien entre los acarreo confusos de la tradición; hay que leer los apócrifos para apreciarles.

45. Las *Actas de los apóstoles* son obra de la misma mano que nuestro tercer Evangelio; han debido escribirse por el año 95. Forman una recopilación que encierra elementos preciosos acerca de una parte de los viajes de San Pablo, tomados de un

²¹ La bajada de Jesús a los Infiernos, de que se trata ya en la primera Epístola de Pedro (3, 18), se acreditó en el mundo cristiano en el siglo IV, y es hoy artículo de fe.

diario indudablemente auténtico de Lucas; estos elementos se distinguen del resto por el empleo de la palabra *nosotros* en la narración. El resto es de muy desigual valor, y no puede atribuirse a un discípulo de Pablo, cuyas epístolas y doctrina propia son completamente desconocidas para el narrador. El recuerdo de la rivalidad de Pedro y de Pablo está borrado de intento, obediendo a un espíritu de conciliación; en esto consiste la originalidad del redactor. Pero esta conciliación es obra teológica, no histórica; el Pablo de las Epístolas es enteramente otro que el de las Actas.

46. Nos queda toda una colección de Actas apócrifas de los diferentes apóstoles, como Pedro, Pablo, Tomas, Juan, Andrés, Felipe. Son novelas llenas de cosas maravillosas, bastante entretenidas por lo demás, y en que á veces pormenores precisos atestiguan buenos conocimientos geográficos e históricos. Estos textos, que han llegado a nosotros en diferentes lenguas, parecen proceder de ediciones expurgadas de libros gnósticos. La Iglesia permite leerlos como los Evangelios apócrifos, pero a título de curiosidad solamente.

La más linda de estas historias es la de Tecla. ¡Hija de una buena familia de Iconium, se convirtió al cristianismo a la voz de San Pablo, abandonó a los suyos, desafió todos los peligros y acabó por predicar con éxito el cristianismo en Iconium y en Seleucia. Tertuliano nos dice (por el año 200) que esta novela fue inventada por un *anciano* del Asia Menor, que convicto de engaño, confesó haber escrito todo aquello «por amor a Pablo».⁽²²⁾ Es, pues, el tipo mismo del fraude piadoso; los hay menos divertidos y sobre todo menos inocentes que el que nos ocupa.

47. El canon de la Iglesia admite catorce Epístolas de San Pablo, una a los romanos, dos a los corintios, una a los gálatas, a

²² Tertuliano, *De Bapt.*, 17.

los efesios, a los filipianos, a los colosios respectivamente, dos a los tesalónicos, dos a Timoteo, una a Tito, una a Filemón, una a los hebreros. Una escuela crítica, nacida hacia el año 1885 en Holanda, niega en total la autenticidad de estos documentos. Su argumento principal es que las comunidades a que Pablo supone dirigirse dan pruebas de una complejidad, de una intensidad de vida religiosa que sería inadmisibles en aquella época. Pero ¿qué sabemos nosotros de la historia primitiva de aquellas comunidades? Todo lo que puede concederse, desde luego, como verosímil, es que las Epístolas de Pablo no nos han llegado todas en su redacción original.

48. La Epístola a los hebreos tiene el carácter de disertación teológica acerca de las relaciones de la Ley con el Evangelio. Atribuirle a Pablo es sólo una hipótesis. Tertuliano se la achacaba a Bernabé, el amigo de Pablo, y Orígenes confesaba que el autor era desconocido. Pero es una composición antigua, probablemente algo anterior al año 70.

49. La Epístola a Tito y las dos Epístolas a Timoteo se conocen generalmente bajo la denominación de *Pastorales*, porque van dirigidas a pastores de Iglesias. Se duda mucho que sean de Pablo; pero el espíritu que las anima es, sí, el del apóstol; son, en todo caso, documentos salidos de su escuela, sino simples reconstrucciones de cartas auténticas.

50. La Epístola a Filemón es insignificante. La segunda Epístola a los tesalios parece retocada. La Epístola a los colosios no puede separarse de la dirigida a los efesios. Esta última, en la época de Marción (150), iba suscrita «a los laodiceos», que fueron sin duda los primeros destinatarios. No hay buenas razones para dudar de su autenticidad. En cambio, la epístola a los filipianos implica un estado de organización de la Iglesia que no revelan los escritos auténticos de San Pablo; es un motivo para sospechar de ella.

51. Las cuatro grandes Epístolas a los romanos, a los corintios (I y II) y a los gálatas son los monumentos más importantes de la doctrina de San Pablo, de lo que él mismo llama la «locura de la cruz» (I *Cor*, 1, 18) porque los griegos la calificaban así

(*Ibid.*, 23). Son textos difíciles, de un estilo difícil, de composición caprichosa, hasta tal punto que nos preguntamos cómo los destinatarios han podido comprenderlas. Una vez, entre consejos relativos a la manera de vivir con pureza, Pablo se eleva muy alto en una página elocuente sobre la caridad (I *Cor.*, 13); aquí y allá su genio atrabiliario le sugiere observaciones de profunda psicología, descubrimientos de palabras dignos de los más grandes escritores. Pero, en general, el pensamiento del apóstol se vela en el momento que tratamos de sorprenderle; aquel judío, aun cuando escribía en griego, había conservado hábitos de redacción enteramente orientales. Leer las Epístolas sin un comentario —el de Reuss, por ejemplo— es correr el riesgo de perder el trabajo y no comprender.

52. Inmensa literatura se ha desarrollado alrededor de estas Epístolas. Estudiadas minuciosamente, han parecido dar la clave de una evolución del pensamiento de Pablo, apartándose progresivamente del judaísmo, sufriendo influjos griegos difíciles de precisar. En resumen: Pablo enseña que el pecado y la muerte han penetrado en el mundo por Adán (del cual jamás ha hablado Jesús) y que Cristo, por su sacrificio voluntario, ha venido a redimir a los hombres. Jesús ha sido la imagen visible del Dios invisible; es el hijo de Dios, aunque nacido de hombre (Pablo ignora la filiación milagrosa). La muerte de Jesús ha señalado la del pecado; la vida nueva, anunciada por la resurrección de Jesús, es el reinado de la santidad de Dios. Cuando llegue el momento, los fieles serán llevados al cielo con el Señor; entonces los muertos resucitarán y serán juzgados según sus méritos. Para lograr la vida celestial, son necesarios el bautismo y la fe en Jesús; las obras prescritas por la Ley de Moisés no son suficientes, porque «Cristo nos ha redimido de la maldición de la Ley». Pero la fe no es accesible a todos. Dios designa a sus elegidos como le place. Es la doctrina de la predestinación por la gracia, que Pablo, por lo demás, no ha expresado muy claramente (véase sobre todo *Epíst. a los Romanos*, 9, 11 y II, 5).

53. Desde San Pablo, la idea capital del cristianismo es la de

la redención de la humanidad, culpable de una falta prehistórica, por el sacrificio voluntario de un *superhombre*. Esta doctrina se funda en la de la expiación —el culpable debe sufrir para expiar su culpa— y en la de la sustitución de las víctimas —el inocente puede padecer por el culpable— Una y otra son a la vez paganas y judías; pertenecen al viejo fondo de los errores humanos. Pero Platón sabía ya que el castigo impuesto al culpable no es o no debe ser una venganza; es un remedio penoso que se le impone, en interés de la sociedad y por el suyo propio. Por la misma época, el derecho ateniense hacía prevalecer el principio de que la pena debe ser personal como lo es la culpa. Así San Pablo ha fundado la teología cristiana en dos ideas arcaicas que estaban ya condenadas por los atenienses ilustrados, en el siglo IV antes de nuestra Era, y que nadie se atrevería a sostener hoy, aun cuando el edificio que en ellas se sostiene esté todavía en pie.

54. En la práctica, Pablo no olvida que se dirige a comunidades judías que cuentan ya con muchos paganos bautizados. Los fieles no deben mantenerse apartados de los paganos, sino solamente de sus sacrificios y de sus actos impuros; pueden renunciar a las prohibiciones alimenticias de la Ley. «Conducíos de suerte que no déis ningún escándalo ni a los judíos, ni a los griegos, ni a la Iglesia de Dios (I *Cor.*, 10, 32). La virtud que predica es, en suma, mediana; hay un oportunismo pauliniano. Tal es su teoría sobre el matrimonio; vale más permanecer célibe, pero el que se casa hace bien; hasta se autoriza a la viuda a casarse de nuevo, porque la unión regular es siempre preferible al desorden (I *Cor.* 7, 27 y sig.). Por lo demás, no hay que olvidar que el fin del mundo está próximo; debe uno conducirse como si fuera inminente («el tiempo es corto en adelante», I *Cor.* 7, 29). Los teólogos que citan y comentan a San Pablo, como los que comentan los Evangelios, dejan de considerar con frecuencia que estos documentos han sido escritos por hombres para quienes el segundo advenimiento y la catástrofe final eran una esperanza o un temor de todos los días. Si la Iglesia ha levantado sobre tales cimientos un edificio duradero, débese a

que, por una inconsecuencia necesaria, los ha transformado rápida y completamente.

55. La cronología de la vida de Pablo es muy oscura; he aquí algunas fechas verosímiles:

35. Conversión de Pablo. Va a Arabia.

38. Pablo en Jerusalén. Predica en Siria y en Cilicia.

49. Predicación en Jerusalén. Pablo en Galacia y en la Troade.

51. Pablo en Macedonia.

53- Pablo en Corinto y en Acaya.

53- Pablo en Jerusalén, en Antioquía, en Éfeso.

58- Pablo en Macedonia, en Acaya, en Filipos, en Jerusalén.

60- Pablo prisionero en Cesárea.

63- Pablo en Roma, donde es reducido a prisión

63- (?) Muerte de Pablo en Roma.

56. El grupo de cartas atribuidas a San Pedro, a San Juan, a San Judas y a Santiago se llama *Epístolas católicas*, porque se dirigen a la universalidad de los fieles. Ninguna de ellas es auténtica. La primera de Pedro, fechada en Babilonia, es de espíritu enteramente pauliniano; ha sido inventada para hacer creer que Pedro vivió en Babilonia (el viejo Cairo) y que aquella comunidad era más antigua que la de Alejandría, que hacía suyo a San Marcos. El autor ha ido más allá de su objeto y ha contribuido a acreditar la leyenda de la venida de San Pedro a Roma, que se llama *Babilonia* en el Apocalipsis. Claro está que esta designación satírica, comprensible en una invectiva, sería absurda en el título de una carta. La segunda epístola de Pedro es igualmente greco-egipcia, muy cercana al Evangelio apócrifo denominado de Pedro. Las tres epístolas llamadas de Juan son probablemente del mismo Juan que el Evangelio, pero no del apóstol; en las dos últimas, el autor mismo se califica de *anciano* (presbítero). La epístola de Judas es una corta homilía contra los herejes, escrita en Egipto después del año 100, en el mismo tono que la segunda de Pedro; no podría ser de su su-

puesto autor: Judas, el hermano de Jesús. La epístola de Santiago mantiene la doctrina de la salvación por las obras, en contra de la teoría de Pablo; por esto Lutero la ha calificado desdeñosamente de *epístola de paja*, San Jerónimo sabía ya que no era del hermano de Jesús.

57. Una de esas falsificaciones ha sido objeto de una adición posterior, debida quizá al español Prisciliano (por el año 380). En el capítulo V de la primera epístola de Juan se lee lo siguiente: «Hay tres que dan fe en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno». Estos dos versículos, si fueran auténticos, afirmarían el dogma de la Trinidad desde el siglo I, mientras que los Evangelios, las Actas y San Pablo no saben nada de eso. En 1806 solamente se demostró que dichos versículos eran añadidos, porque no figuran en los mejores manuscritos, en particular en todos los manuscritos griegos, hasta el siglo xv. La Iglesia romana se negó a inclinarse ante la evidencia: «¿Cómo, se decía, si los versículos han sido intercalados, el Espíritu Santo, que guía y dirige la Iglesia, ha permitido que por espacio de siglos esa clara afirmación de la Trinidad fuera considerada Verdadera e incluida en la edición oficial de las Sagradas Escrituras? (23). La Congregación del índice, el 13 de Enero de 1897, prohibió, con aprobación de León XIII, poner en duda la autenticidad del texto «de los tres testigos celestiales». Ha mostrado de esta suerte una ignorancia voluntaria que entra de lleno en la frase de San Gregorio: «Dios no necesita de nuestras mentiras».

58. El Apocalipsis o Revelación de San Juan se habría escrito, según la tradición, en la isla de Patmos, donde Juan había sido desterrado por Domiciano. Es una glorificación del Cordero (Jesús), y una predicción de la ruina de Roma, calificada de «gran Babilonia, madre de las abominaciones de la tierra» (17, 5), «embriagada con la sangre de los mártires» (17, 6). Al cabo

²³ Véase Houtin, *Question biblique au XIX siecle*, pág. 220.

de 1.000 años, después del triunfo de la Iglesia, los muertos resucitarán, Satanás será libertado de su prisión y Dios hará descender el fuego del cielo; es ese el origen de las creencias llamadas *milenaristas*, que han seducido a muchos iluminados. El *Apocalipsis* no puede ser obra del apóstol Juan, pero es posible que sea de la misma mano que el cuarto Evangelio y las tres Epístolas que llevan el nombre de Juan. El redactor, por lo demás, ha utilizado documentos más antiguos. El fondo es una diatriba judía contra Nerón, que aparece designado por la «cifra de la Bestia»; 666, suma de las letras del nombre del emperador, conforme su valor numérico en hebreo (13, 18); pero el arreglo cristiano ha tenido lugar en tiempos de Domiciano —a quien se llamaba el *Nerón calvo*— el año 93, porque se habla de la gran crisis de los vinos a consecuencia de una depreciación (6, 6), que, según los textos paganos, se coloca en el año 92.

59. El autor de la Revelación se llama Juan el apóstol y se dirige a las siete iglesias de Asia; como no es el apóstol Juan, que murió quizá en Palestina hacia el año 66, es un falsario. En medio de las locuras que llenan el libro, hay algunas frases sublimes que han conquistado derecho de ciudadanía en todas las literaturas; pero el conjunto es obra de varios energúmenos. La Iglesia ha puesto alguna dificultad antes de dar entrada en el canon a esta producción; sólo el nombre de Juan la ha decidido a ello.

60. Desde 1892, poseemos gran parte de un Apocalipsis atribuido al apóstol Pedro, descubierto en Egipto seis años antes con el Evangelio llamado de Pedro. Es una visión de las recompensas y de las penas del otro mundo, que data del año 100 próximamente, y es interesante como primer ensayo de *escatología* (ciencia de las cosas finales) en el cristianismo. Las fuentes son judías y griegas populares; encierra sorprendentes analogías con las doctrinas órficas. El autor era un judío de Egipto, helenizante y bastante instruido; este Apocalipsis debe haber salido de la misma oficina que las dos Epístolas de Pedro y que su Evangelio, que son también invenciones greco-egipcias.

61. Algunas obras, que no se han incluido en el canon, han ejercido sin embargo tan gran influjo que merecen se hable brevemente de ellas en este lugar.

Son primeramente epístolas. 1.^a La atribuida al apóstol Bernabé, compañero de Pablo, muy enemigo de los judíos y posterior a la caída de Jerusalén; es también una invención fraguada en Egipto; 2.^a Primera epístola de Clemente, obispo de Roma, a los corintios; es quizá obra de un judío helenizado, liberto del cónsul Flavio Clemente, que era cristiano o judío. Es interesante ver, a partir de esta época (por el año 100), la prueba del influjo moral ejercido por la Iglesia de Roma en una Iglesia griega. 3.^a La llamada segunda epístola de Clemente, es una homilía de otro autor. 4.^a Epístola de Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de Juan el *viejo*, que fue martirizado a la edad de ochenta y seis años (155). Está dirigida a los filipianos, y parece auténtica. 5.^a Siete epístolas muy instructivas atribuidas a Ignacio, obispo de Antioquía, que murió mártir en tiempo de Trajano. Se supone que Ignacio las escribió durante su viaje de Antioquía a Roma; las dirige a comunidades que le han hecho buena acogida, poniéndolas en guardia contra los cismas, el docetismo y el judaísmo, aquellas comunidades estaban regidas por obispos. La mención del Evangelio, en el sentido de historia de Jesús, aparece por vez primera en una de esas epístolas (a los de Esmirna). La falsedad de las epístolas de Ignacio ha sido afirmada; mas no probada; no es enteramente imposible que el episcopado estuviera organizado ya en el año 100 en países griegos.

62 El *Pastor de Hermas* es un libro largo y muy aburrido, que Clemente de Alejandría y Orígenes consideraban «inspirado». El pastor es el ángel de la guarda del autor, que ha tenido visiones y las revela para atraer a los fieles al bien. Hermas, nacido en Grecia, luego esclavo en Roma, fue emancipado y vivió en dicha ciudad con su familia. El *Pastor* no es probablemente muy posterior al año 100.

63. Se creía en Roma, en el siglo III, que los apóstoles, después

de la Pascua de Pentecostés, habían escrito en común una profesión de fe o *símbolo* que había de ser recitada por todos los adultos a quienes se confería el bautismo. Es imposible; pero el más antiguo *símbolo* de este género, conocido el año 150 de Justino, es obra de la Iglesia de Roma anterior al año 100.

64. Poseemos fragmentos de una obra titulada *Predicación o Doctrina de Pedro*, que se dice dirigida por el apóstol a los paganos; es también una invención greco-romana de fines del siglo 1.

65. Un descubrimiento feliz (1883) nos ha revelado la *Doctrina de los Apóstoles* o *Didaké*, manual de vida cristiana, tanto individual como social, documento de primer orden para conocer las comunidades primitivas, su organización y sus ritos. Nada tienen que ver, naturalmente, los apóstoles con ella; sino que la *Didaké*, arreglo de antiguos catecismos, parece haberse escrito en Siria antes del año 150.

66. Un grupo importante de documentos -llamados *seudo clementinos*, porque han sido atribuidos falsamente a Clemente, obispo de Roma- comprende veinte homilías y una novela edificante, titulada *Los reconocimientos*. La trama de estas composiciones es casi idéntica. Clemente, instituido obispo de Roma por San Pedro, cuenta a Santiago, jefe de la Iglesia de Jerusalén, su conversión al salir de la escuela de los filósofos. Habiendo sabido que el hijo de Dios había nacido en Judea, partió para aquel país, encontrando a Bernabé en Alejandría, luego a Pedro en Cesárea; hízole éste testigo de su disputa con Simón el Mago y le inició en su doctrina. Simón, vencido, es perseguido por Pedro y por Clemente que le alcanzan en Laodicea y comienzan otra vez a discutir con él. Al fin Pedro parte para Antioquía y funda allí una comunidad [24]

El título de *Reconocimientos* se debe a un episodio del libro VII; Matidía, madre de Clemente, ha dejado Roma por Atenas; allí la vuelve a encontrar, con sus hijos, el marido que ha salido

²⁴ Véase Renán, *Origines*, t. VII, pág. 77.

en su busca. En este mamotreto Pablo no es nombrado una sola vez; la obra es claramente judaico-cristiana. *Homilías* y *Reconocimientos* tienen una fuente común, que puede datar del año 150 próximamente; el arreglo ha sido hecho en el siglo III.

67. Nada más misterioso que aquel Simón, el mago de Samaría, que aparece opuesto a Pedro en las *Actas* (8, 5-25) y del que Justino, la literatura clementina y las *Actas apócrifas* hacen un personaje muy importante en Roma. Allí, en tiempos de Claudio o de Nerón, rivalizó en poder mágico con San Pedro, y acabó por prometer volar en los aires en presencia del emperador, pero una plegaria de Pedro le privó de sus facultades; cayó y se desnucó. Justino (año 150) pretende haber visto su tumba en Roma, en la isla del Tíber, con la inscripción: «Á Simón el dios santo». Esto muestra la ignorancia y la ligereza de Justino; la inscripción de que se trata se ha encontrado y está dedicada o *Semo Sancus*, viejo dios romano que un retórico como Justino debía conocer. Pero ¿quién era aquel Simón, cuyo culto divino está atestiguado en Samaría? ¿Era un nuevo Mesías, un competidor de Jesús? La cuestión sigue sin resolver. La escuela de Tubinga, en el siglo XIX, ha insistido mucho en las tradiciones relativas a la rivalidad de Pedro y de Simón; ha pensado que Simón representaba a San Pedro y de ello ha deducido, con alguna exageración, que la rivalidad entre ambos apóstoles había llegado al odio más feroz. Bastaba el odio teológico, que las epístolas de Pablo dejan ver bastante. No solamente el grupo de los judaizantes de Jerusalén organizó contra él una especie de cruzada, sino que se hicieron circular con su nombre cartas falsas (II *Tesal.*, 2, 2). Así Pablo califica a sus adversarios de mentirosos, de perros, de sostenes del demonio y de falsarios. Estos pasajes son de notar al final de un capítulo en que, examinando los Libros santos de la Iglesia, hemos encontrado casi en todas partes invenciones.

68. Tendría aún que tratar muchas cuestiones relacionadas con las anteriores, las primeras Apologías dirigidas por cristianos a los emperadores paganos, las *Actas* de los mártires, auténticas en cortísimo número, las «Constituciones» apostólicas, pero sería entrar en los dominios de la historia literaria. Terminaré con

algunas palabras sobre el Antecristo (más exactamente *Anticristo*, es decir, el enemigo opuesto a Cristo). Este nombre célebre aparece en primer término en las epístolas de Juan, pero la idea es mucho más antigua, del Tiamat babilónico opuesto a Marduk. Al dragón del mito primitivo se sustituyó el principio del mal, que ha de librar terrible combate con el del bien antes del advenimiento del reino de Dios. Huellas de esta concepción hay en Ezequiel, en Daniel, en Baruc, en el Apocalipsis. De ella se trata en la segunda epístola a los Tesalónicos (2, 2-11): «El día de Cristo no lucirá antes de la venida del hombre del pecado, del hijo de la perdición; solamente después de su ruina vendrán los tiempos del Señor». Una vez personificado el bien en Cristo, el mal se personificó en el Anticristo. «Porque vendrán varios en mi nombre, dijo Jesús, pretendiendo ser Cristo, y seducirán a muchas gentes. Oiréis guerras y estruendos de guerras; cuidad de no turbaros, porque es preciso que estas cosas sucedan, pero no será todavía el fin... Todo ello no será más que un principio de dolores Y se alzarán varios falsos profetas y habrá grande aflicción, tal como no la ha habido desde el principio del mundo... Entonces el signo del Hijo del hombre aparecerá en el cielo; entonces también todas las tribus de la tierra se lamentarán golpeándose el pecho, y verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo, con gran poder y gran gloria». (Mateo, 24).

69. Estas líneas terribles acarrearán frutos de espanto. Desde Nerón hasta M. Combes, no existe hoy un enemigo de la Iglesia que no haya sido asimilado al Anticristo, cuya aparición inaugurará la era de las catástrofes. Lutero vio el Anticristo en el papa de Roma; millones de ingleses le han reconocido en Napoleón. Hemos visto ya que para el Apocalipsis la *bestia* es Nerón. Corrió el rumor, después de la muerte de aquel criminal, de que había huido al país de los Partos, de donde volvería. A esto se alude quizá en el Apocalipsis mismo y en la 1.^a epístola de Juan (4, 3). «Todo espíritu que no confiesa a Jesús encarnado no es de Dios, es del Anticristo; del que habéis oído decir que vendrá, y que desde ahora está en el mundo». Aquí el Anticristo está ya asimilado a la herejía. En los oráculos sibilinos,

inventados por los judíos de Alejandría, no se encuentra el nombre del Anticristo, pero el Imperio romano, objeto de un odio feroz, le sustituye. La literatura popular judía da a aquel enemigo de Dios el nombre de *Rómulo* y hace de él un gigante horrible, nacido de una virgen de piedra. Los cristianos reservaron generalmente el nombre de Anticristo para los herejes y cismáticos, pero en el siglo IV todavía estaba extendida la opinión de que la venida del Anticristo sería el despertar y la vuelta de Nerón.

BIBLIOGRAFÍA

El repertorio más seguro es la *Real-Encyclop. für protestantische Theologie* de Hauck (3.^a ed., 21 vol.), a la cual pueden añadirse los diccionarios citados en la bibliografía del capítulo VII. Hay diccionarios de biografía cristiana (hasta Carlomagno) por Smith, de arqueología cristiana por Martigny, Smith y Dom Cabrol (este último en la letra B en 1908), un diccionario de teología católica por Vacant (en la letra D en 1908) etc. Entre las publicaciones periódicas, señalaré el *Expositor*, la *Revue biblique* y la *Theologische Literaturzeitung* (bibliográfica).

Renán. *Origines du christianisme*, 8 vol., 1862-1883 (con buen índice); F. Conybeare, *Christian origins*, 1909. Duchesne, *Histoire ancienne de l'Église*, t. I y II. 1906-1908; Guignebert, *Manual de historia antigua del cristianismo*, Madrid. Jorro, editor, 1910; Wendland. *Dic hellemstich-römische Kultur in ihren Beziehungen zu Judentum und Christentum*, 1907. Se verá una escogida bibliografía en Nicolardot, *Les trois premiers Évangélistes*, 1908.

2. Loisy, *¿List, du canon du N 71*, 1891; Th. Zahn, *Gesch. des. JV. 7. Kanons*, 2.^a ed., 1904; J. Leopoldt, *el mismo título*, 2 vol., 1907-1908.
4. Texto del *Fragmentum Muratorianum* (y de la mayor parte de los demás documentos de la Iglesia primitiva) en Rauschen, *Florilegium patristicum*, fase. III, 1905.
10. M. Nicolás. *Études critiques sur la Bible*, t. II, 1864 (viejo, pero excelente).
12. E. Preusschen, *Antilegomena*, 2.^a ed., 1905 (fragmentos de Evangelios perdidos y citas de los Padres, con traducción alemana).
13. Ad. Jülicher, *Einleitung in das N. 71*, 4.^a ed., 1901 (trad., in-

- glesa); E. Renán, *Les Evangiles*, 1877; Loisy, *Les Évangiles synoptiques*, 2 vol., 1907 (capital, ahorra toda una biblioteca de obras anteriores); Wellhausen, *Einleitung in die 3 ersten Ev.*, 1905; Holtzmann, *Handcommentar zum A^r. T.*, 3.^a ed., 1901 y sig.; Nicolardot, *Les procedes de rédaction des trois premiers Évangelistes*, 1908; A. Reville, *Jesús*, 2.^a ed., 1906; P. Wernle, *Quellen des Leben Jesu*, 1906; Schmiedel, pal. *Gospels*, en Cheyne.
- 16 Preusschen, *ob. cit.* (12), en griego y en alemán; Loisy, *Év. synopt.*, t. I (en francés).
- 17 L. Venard, *Les Év. synoptiques* (en la *Rev. du clergé*, 15 de Julio de 1908, pág. 178); J. Conybeare, *Ckristian origins*, 1909.
17. 4.^o A. Harnack, *Lukas der Arzt*, 1906; Burkitt, *The Cospelhistory*, 1906 (relaciones entre Lucas y Josefo; véase Loisy, *Rev. crit.*, 1907, I, página 243); P. C. Sense (seudónimo de Lyons), *Origin of the third Cospel*, 1901 (restauración del Lucas de Marción).
17. 6.^o Loisy, *Le quatri'eme Évangile*, 1903; Wellhausen, *Das 4.^{te} Ev.*, 1908.
- 20 Saintyves, *Les Vierges mires et les naissances miraculeuses*, 1908.
- 25 Saintyves, *Le miracle et la critique histonque*, 1907.
- 28 Intercalaciones en los manuscritos de las traducciones eslavas de Josefo: *Rev. crit.*, 1906, II, pág. 447, J. Frey, *Die Problem der Leidensges, chichte*, 1909. Th. Reinach, *Josephe sur Je'sus* (en la *Revtie des études jui- ves*, t. XXXV, 1897).
- 29 Photii *Bibliotheca*, ed. Bekker, cód. 33.
- 31 Laible, *J. C. im Talmud*, 2.^a ed., 1900, y la palabra *Jesús*, en la *Jewish Encycl.*
- 34 Curiosidad de Tiberio: S. R., *Cuites*, t. III, pág. 16.
- 25 Chapman, en *Journ, of theological studies*, Julio y Octubre de 1907; véase S. R., *Cuites*, t. III, pág. 21.
- 36 Rey ajusticiado': S. R., *Cuites*, t. I, pág. 332.
- 38 Benj. Smith, *Der vorchristliche Jesús*, 1906 (para tomar y dejar).

- 39 Goguel, *L'apôtre Paul*, 1904.
- 40 Strauss, *Vie de Jésus* trad. Littré, 1840) ha recogido todos los pasajes que se creen proféticos. Sobre el Salmo 22 y la Pasión, S. R., *Cuities*, t. II, pág. 437; t. III, pág. 20.
- 42 E. Hennecke, *Handbuch zu den jV. T. Apokryphen*, 1904; M. Lepin, *Évang. canoniques et Évang. apocryphes*, 1907; A. Robinson, *The Gospel according to Peter and the Revelation of Peter*, 1892 (véase S. R., *Cuities*, t. III, pág. 284); identidad de los Evangelios de Pedro y de los egipcios: Vol- ter, en *Zeitschrift für N. 7\ IVissenschaft*, 1905, pág. 368; atribución del .4.^o Evangelio a Ce- rinto: P. C. Sense (Lyons), *The fourth Gospel*, 1899.
- 43 Roberts, *Apocryphal Gospels and Revelations*, 1890 (trad. inglesa; hay una traducción francesa de los Apócrifos en la colec- ción Migne y una trad. alemana por Hennecke); M. Nicolás. *Étu- des sur les Évangiles apocryphes*, 1866.
- 44 Griffinhoofe, *The unwritten Sayings of Christ*, 1903.
42. —.A Harnack, *Die Apostelgeschichte*, 1908; E. Jacquier, *Les Ac- tes des Apotres*, 1908; V. Rose, *Les Actes des apotres*, 1905; pa- labra *Acfs*, en Cheyne y en Hastings.
- 46 Lipsius, *Die apocryphen Apostel/gcschichten*, 3 vol., 1883-1890 (capital)—Actas de Andrés y de Matías: S. R., *Cuities*, t. I, pág. 395. Pal. *The- kla*, en *Dict, Christ. Biography*.
- 47 W- Ramsay, *S. Paul*, 1895; A. Sabatier. *L'apotre Paul*, 1896; A. Deissmann, *Licht von Osten*, 1908 (el estilo de las epístolas com- parado con el de los documentos paganos de la misma época). Véanse las palabras *Pablo*, *Corintios*, *Efesios*, *Galacianos*, etc. en Cheyne.
- 53 Aug. Sabatier, *La doctrine de l'expiation et son evolution* (en *Étu- des de théologie*, 1901, pág. 1) Sobre la idea griega de la respon- sabilidad (primero colectiva, luego individual): Glotz, *La solida- rité de la famille dans le droit criminel*, 1904.
- 55 Palabra *Chronology*, en Cheyne (pág. 812).
- 56 T. Calmes, *Épitres catholiques*, 1905; Reuss, *La Bible*, t. XV.

- Sobre la 1ª de Pedro: S. R., *Rev. archéol.*, 1908, 1, pág. 150.
- 58 Palabra *Apocalipsis*, en Cheyne—Acerca de la fecha: S. R., *Cuities*, t. II, pág. 356.
- 59 Textos relativos a la muerte de San Juan: Cheyne, palabra *John*, página 2509.
- 60 S. R., *Cultes*, t. III, pág. 284 y las ediciones de Robinson, Lods, etc.
- 61 Palabras *Barrabas*, *Clemens*, *Polykarp*, *Tgnatius*, en Hauck.—Acerca de la jerarquía primitiva: J. Reville, *Orig. de l'épiscopat*, 1894; Batiffol, *Études d'histoire*, pág. 223.
- 62 Renán, *L'Église chretienne*, t. VI, págs. 402 y sig.
- 63 F. Kattenbusch, *Das aposto!*. *Symbol.*, 2 vol., 1894-1900; Vacandard, *Le symbole des apotres* (en *Etudes de critique*, 1906, págs. I y sig.)
- 65 Krüger, *Altchristliche Literatur*, 1895, págs. 38, 40; Massebieau, *L'enseignement des apotres*, 1884.
- 66 H. Waitz, *Die Pseudoklementinen*, 1904; pal. *Clemcنتين*, en Hauck.
- 67 Palabra *Simón der Magier*, en Hauck.
- 68 Apologías: Krüger, *Antichristl. Literatur*, 1895, págs- 60 y sig. Actas de los mártires: Cabrol, pal. *Actas*; Hauck, art. *Acta martyrum*; Dufourq, *Les Gesta martyrum» romains*, 3 vol., 1900-1907.—Antichrist: Renán, *L'Antichrist*, 1873; pal. *Antichrist*, en Hauck y en la *Jeioish Encycl.*
- 69 H. Preuss, *Die Vorstellungen vom Antichrist im späteren Mittelalter*, 1906.